

REF
900
On 58h
V.6

STC-29-SEP-78

D20
HS
U.6

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FESGM

2597

2597

HISTORIA DE LOS ESTADOS DE OCCIDENTE DURANTE LA EDAD MEDIA

DESDE CARLOMAGNO HASTA MAXIMILIANO

POR EL DR. JUAN PRUTZ

LIBRO PRIMERO

DISOLUCION DEL IMPERIO CARLOVINGIO Y SEPARACION DE LOS IMPERIOS GERMANO Y ROMANO

(814-887)

CAPITULO PRIMERO

EL IMPERIO FRANCO Á LA MUERTE DE CARLOMAGNO (814)

Por espacio de algunos siglos, el hecho característico del desenvolvimiento histórico de Occidente fué el antagonismo entre romanos y germanos. Las luchas entre ambos en las fronteras del moribundo imperio romano, que cada día se iban estrechando; el establecimiento de los pueblos germánicos en las provincias occidentales del imperio, y la formación de Estados guerreros germánicos que solo se fundaban en el derecho de conquista, dieron origen, durante la emigración de los pueblos, así á la nueva forma exterior y á la división del Occidente cristiano como á su cultura moral é intelectual. Pero esta forma y esta cultura no alcanzaron el desarrollo que les correspondía hasta que, habiendo echado el cristianismo hondas raíces entre los germanos, nació entre vencedores y vencidos una comunidad de vida que poco á poco fué destruyendo el antagonismo que separaba á la fuerza germánica de la romana cultura. El curso de este desarrollo fué distinto, según las diversas condiciones de las provincias romanas por los germanos conquistadas.

El imperio ostrogodo de Teodorico pereció desgarrado por diferencias religiosas y nacionales imposibles de vencer. En los visigodos, desde su ingreso en el catolicismo, el modo de ser germano sucumbió ante la poderosa influencia del romanismo; é igual senda siguieron sus vecinos los borgoñones, que se encontraban en condiciones análogas. En Italia los longobardos, — con mas suerte que los vándalos, que tantos puntos de afinidad tenían con ellos y que rápidamente habian desaparecido de entre el número de las naciones vivas, — supieron conciliar su Estado popular guerrero con la civilización romana y cristiana, consolidando de esta suerte una situación intermedia de no escasa influencia.

Al desenvolvimiento de todos estos pueblos presidian las respectivas relaciones con Roma, que seguía siendo el centro político, religioso, y mas que todo, intelectual de Occidente. La Francia, por el contrario, se halló desde un principio en una situación muy distinta.

Así como los francos, en la extensión gradual de su soberanía, no se separaron nunca por completo del suelo en que su

nacionalidad habia echado sus primeras raíces, sino que conservaron su antigua residencia y la veneraron como país de familia, del mismo modo, en su manera de ser germana, que siempre conservaron fielmente, encontraron la suficiente fuerza para fundar un Estado que fué alemán y alemán continuó siendo y que, con la influencia de la civilización romana conservada por la Iglesia, llegó á ser el defensor de la herencia espiritual de tan gran pasado. En el imperio franco, el romanismo y el germanismo estaban casi nivelados y por eso pudieron ir gradualmente constituyendo una alianza que, salvando los frutos de la civilización del torrente de las emigraciones, echó los cimientos de la mayor cultura de una nueva época. Los francos procuraron que á cada conquista de un nuevo territorio romano correspondiera la adquisición de una comarca puramente germánica. De la misma manera que Clodoveo conquistó los países romanos del Marne, del Sena y del Loira, y la Alemania verdaderamente germánica, sus sucesores adquirieron aquí la Turingia alemana y allí la romana Borgoña, y en los tiempos mismos de Carlomagno se reproduce este hecho con la conquista del reino de los longobardos y del Norte de España, y la adquisición simultánea de Sajonia, en la que dominaba exclusivamente el antiguo germanismo.

El imperio romano-germano de Carlomagno unió de nuevo los territorios y los pueblos que, desde la caída del imperio romano, permanecían separados, aunque obligados en los principales actos de su vida social á contar los unos con los otros, razón por la cual no pudieron menos de adoptar la forma política que venía á ser la expresión de esta comunidad. Sin embargo, no llegaron aquellos pueblos á tener conciencia de su situación hasta que vieron el antagonismo en que, como miembros del imperio carlovingio, se encontraban respecto de la iglesia griega, del islamismo, — que habia penetrado en los territorios del imperio romano, — y del paganismo de las tribus germanas y eslavas, cuyos vecinos mas inmediatos habian llegado á ser los francos.

A estas circunstancias y á la gran misión que ellas imponían al imperio franco, obedeció el restablecimiento de la dignidad imperial por Carlomagno, pues tal dignidad daba á la soberanía de Carlos, — la primera que desde la disolución del imperio romano pudo pretender un poderío universal, —

un nombre que justificaba esta pretension y hacia del que lo llevaba el director y representante de todo el Occidente cristiano (1). Esto no obstante, el imperio de Carlomagno carecía de aquella unidad interior á la cual el imperio romano debió principalmente su importancia práctica. La unidad estaba mas en el pensamiento que en la realidad, mas en la teoría que en la práctica de la vida política; no se derivaba sino de un derecho divino hasta entonces desconocido, que Carlos al coronarse emperador atribuyó á su soberanía y que daba á esta un carácter puramente teocrático, al proclamar ante todo la sumision religiosa de los distintos pueblos sujetos á su dominación. La unidad política fué sustituida por la religiosa, y todos aquellos pueblos y tribus, tan diferentes en lengua y en costumbres, en usos jurídicos y en situacion de derecho respecto del jefe del imperio, se unieron en la comunidad de las verdaderas creencias y del culto á un solo Dios. Por esto la Iglesia tuvo una gran autoridad y ejerció una eficaz influencia en el desenvolvimiento político. La renovacion del imperio romano solo aprovechó inmediatamente á la Iglesia, porque mas bien se consignaron los deberes que los derechos que al nuevo emperador correspondian. Así como hasta entonces Francia habia hecho, por derecho y en provecho propios, la guerra á los mahometanos y paganos, desde aquel momento debia hacerla como defensora del cristianismo instituida y consagrada por la Iglesia. El fin práctico-nacional que desde muchas generaciones se venia persiguiendo, la Iglesia lo reconoció como prescrito por ella, envolviéndolo en la aureola de una lucha santa por la fe. La coronacion de Carlos como emperador no habia hecho mas que reconocer solemnemente un hecho consumado al confirmar la relacion, histórica ya, entre el romanismo y el germanismo, reconociéndola de derecho por medio de un acto de consagracion eclesiástica. En efecto, mientras el papa Leon III coronaba emperador á Carlos, el vencido romanismo rendia homenaje al germanismo vencedor y reconocia su supremacia política, pero al propio tiempo se colocaba por encima de él en punto á la cultura general espiritual y moral. De esta suerte, el solemne acto celebrado en la Nochebuena del año 799 puso el sello al desarrollo que hacia siglos se venia realizando y lo compendió como en una fórmula, iniciando al propio tiempo una larga série de importantes modificaciones que motivaron la rápida disolucion del imperio recientemente constituido y prepararon el suelo para la reconstitucion política y religiosa del Occidente.

Por muy pujante que pudiera aparecer á los ojos de los admirados contemporáneos, el imperio de Carlomagno llevaba en sí mismo el germen de la disolucion; porque la unidad religiosa no bastaba para suplir la falta de unidad política. Al ensalzar aquella comunidad de creencias y al darse, por lo mismo, al imperio un carácter religioso, se confesaba que el Estado no podia llevar á cabo lo que estaba llamado á ejecutar por sí mismo, ni vivir una vida independiente de la Iglesia, á la cual pretendia dominar y cuyos recursos pensaba utilizar: en esto se veia la debilidad del imperio carlovingio. Además, en este como en los demás países de la Edad media, la idea que servia de fundamento al Estado era puramente personal. Los francos, los longobardos, los borgoñones, los turingios y los sajones no estaban en relaciones normales de derecho con el imperio franco considerado como tal, es decir, como un lazo de union independiente de los cambios de soberano, sino que mas bien mantenian relaciones personales con el emperador Carlos, instituido por Dios y coronado por el obispo de Roma. El sistema patriarcal, segun el cual Carlos administraba su

(1) Véase Waitz: *Historia constitucional alemana*, IV, pág. 535.

imperio, daba aun mas á su soberanía este carácter personal. De aquí que los funcionarios de Carlos ejerciesen sus atribuciones, no como depositarios de la autoridad del Estado sino como hombres que gozaban de la confianza personal del emperador; de modo que al obedecerles el pueblo se sometia propiamente al querido y respetado soberano. La influencia personal de este fué, sin embargo, cesando con el tiempo, y muchos y extensos territorios acabaron por perder la costumbre de respetarle. Sus habitantes llegaron con el tiempo á creer que los funcionarios que se les imponian ejercian una autoridad independiente y personal; que no procedian en virtud de poderes y de la representacion del emperador, sino que por derecho propio formulaban sentencias, percibian impuestos, reclutaban tropas, confirmaban en la posesion de tierras, etc. Si á esto se agregaba la propiedad de grandes territorios, ó que el funcionario tuviera muchos bienes confiados á su administracion, se advertirá cómo fué desarrollándose el germen de un poder territorial independiente que hacia olvidar intencionadamente la dependencia del lejano centro del imperio; y que, cuando las circunstancias fueron favorables, acabó por romper los lazos que le unian con el Estado. Carlomagno, comprendiendo perfectamente este peligro, abatió en cuanto le fué posible estos poderes territoriales, y aun en algunos territorios hubo de poner el poder público en una sola mano, para asegurar la defensa contra los ataques del enemigo que se acercaba: por esta razon, dió amplias atribuciones militares á los marqueses, ó jefes de las fronteras, permitiendo además que asomara en algunos puntos el germen del poder ducal. Por último, la cohesion del imperio quedó rota por otro concepto. A consecuencia de la rápida propagacion del feudalismo, el número siempre creciente de hombres libres que aceptaron este sistema fué causa de que los funcionarios imperiales fueran sustituidos por aquellas personas de las cuales los hombres libres tomaban tierras en feudo y á quienes prestaban pleito homenaje. Así respecto de estos, pasó á tales personas el ejercicio del poder público que en su origen correspondia al Estado.

Si el imperio de Carlomagno hubiese estado imbuido del espíritu de nacionalidad, la preponderancia del Estado hubiera contrabalaceado y quizás anulado poco á poco aquellas fuerzas destructoras; pero la verdad era que entre el Norte y el Este alemán y el Sur y Oeste romano no habia, fuera del soberano, nada de comun, antes por el contrario, sus intereses y sus esfuerzos presentaban muy opuestas tendencias. Cada uno de los distintos grupos de la poblacion ofrecia en sí mismo gran variedad. Los romanos, los longobardos y los visigodos, por un lado; y por otro no solo los dominadores francos, sino tambien los alemanes, los sajones, los bávaros y los turingios, todos vivian segun su derecho especial. Además de esto, cada tribu tenia alguna particularidad que queria ver reconocida, y que para ello chocaba contra las pretensiones del imperio considerado en conjunto. Las tendencias á cierta independencia, el deseo de conquistar una existencia política especial que en ellas se manifestaban, se aumentaban á medida que el Estado se reconocia impotente para crear una comunidad de vida política. Así se fueron aproximando cada vez mas entre sí aquellas partes que por sus costumbres, idioma y derecho tenian mayor grado de afinidad y podian oponer al conjunto mayor comunidad de intereses. De esta suerte fueron disgregándose del decadente imperio carlovingio una série de pueblos nuevos que poco á poco se acostumbraron á la independencia política, hasta llegar á constituir Estados nacionales que se crearon derechos propios y supieron conservarlos en las luchas que hubieron de sostener por su existencia.

Esta evolucion, si no motivada, fué á lo menos precipitada por la persona y el sistema de gobierno del hombre que ocupó la vacante que al morir dejó en el trono el gran emperador; pues así como este supo hacer valer de un modo completamente nuevo los lazos de union que se derivaban de la comunidad religiosa, y procuró robustecer la influencia de la Iglesia, que favorecia la unidad del Estado, su sucesor se mostró hostil á los justificados intereses particulares de las tribus y originó una série de luchas intestinas que acabaron por desmembrar el imperio en una multitud de Estados particulares unidos por lazos muy poco estrechos.

La division del imperio que Carlomagno, en 6 de febrero de 806, habia ordenado que se hiciera entre los tres hijos que tenia de la reina Hildegarda, cayó por su base con la muerte de los dos mayores, de suerte que todo el imperio fué á parar en manos del único superviviente, el joven Luis, que en nada se parecia á su padre, con el cual habia estado siempre en relaciones muy frias, tratándose poco menos que como personas extrañas. Las relaciones de los contemporáneos, en las que sobresalen demasiado las adulaciones cortesanias, dicen que Carlos sentia cierta repugnancia á proclamar solemnemente el derecho de sucesion de este hijo. Por último, la decadencia de sus fuerzas obligó al anciano emperador á asegurar el porvenir de su imperio por medio de un orden de sucesion, realizando con esto un acto que, segun parece, habia ido hasta entonces aplazando con toda intencion. Apoyado en la opinion de la Asamblea del imperio, á la cual habia consultado sobre el particular, decidió tomar como co-emperador á Luis, rey de Aquitania, nombrándole sucesor suyo en todos sus dominios.

El día 11 de setiembre de 813 verificóse la solemne ceremonia en la iglesia de Santa María de Aquisgran, en presencia de los magnates laicos y eclesiásticos y de una multitud piadosa que habia invadido el templo y asistia con recogimiento á aquel acto. Con sus vestiduras imperiales y la corona en la cabeza presentóse Carlos á la vista de todos, y acompañado de Luis, junto al altar mayor, donde se veia una segunda corona adornada de piedras preciosas. Despues de haber los dos orado de rodillas, dirigió Carlos á su hijo una plática conmovedora: excitóle á que temiera y amara á Dios, observara todos sus mandamientos; protegiera y defendiera á la Iglesia; se mostrara en todo tiempo benigno y bondadoso con sus hermanos y parientes; honrara á los sacerdotes como á padres; amara á sus súbditos como á hijos; obligara á los malos á entrar en el camino del bien, fuera el consuelo de los conventos y el padre de los pobres, se sirviera únicamente de servidores leales y temerosos de Dios, que odiaran toda injusticia, no desposeyera á nadie de su empleo sin justa causa y se mostrara siempre inmaculado ante Dios y ante los hombres (1). Luis juró vivir y gobernar conforme á estos preceptos, y luego, á instancias del mismo Carlos, tomó con sus propias manos la corona que estaba en el altar y se la puso en la cabeza. Una aclamacion de júbilo saludó al nuevo emperador. Apoyado en su brazo, Carlos regresó, despues de la misa, á su palacio, donde un magnífico banquete puso fin á la fiesta.

Si se compara este discurso de Carlos con los primeros actos de gobierno de su sucesor, se ve que en aquella arena habia algo mas que consejos generales de los que se suelen dar en casos análogos: parece como si el emperador hubiese querido expresar, en formas suaves, pero previsoras, los temores que, en vista del carácter y de la conducta que hasta entonces habia observado Luis, abrigaba para lo porvenir. Por otro lado, no faltaban en la corte personas que no esta-

(1) Thegan: *Vita Ludovici*, c. 20.

ban conformes con el sistema de gobierno del emperador Carlos y esperaban que con el cambio ocurrido en el trono variara el estado de las cosas. Lamentábanse algunos de que á fines del gobierno de Carlos se hubiesen cometido impunemente muchas injusticias, se hubiera perjudicado á muchos en sus bienes ó en su libertad, añadiéndose que muchos funcionarios injustos, condes y gobernadores, habian procedido así intencionadamente. Tampoco faltaba aquella apasionada enemistad que suele nacer, en un largo reinado de un príncipe de relevantes condiciones pero quebrantado por los años, entre este y su sucesor, ansioso de posesionarse del poder; entre la antigua corte que se aferra á una soberanía existente despues de tanto tiempo y la corte jóven que



Sello real de Ludovico Pio. — Tamaño reducido

con intranquila actividad se prepara para comenzar su tan codiciada dominacion.

Dado este estado de cosas, el próximo cambio de gobierno debia ser para el imperio carlovingio el comienzo de una crisis laboriosa llena de peligros.

CAPITULO II

LUDOVICO PIO (814-830)

Despues de haberse despedido cariñosamente de su padre regresó Luis á su reino de Aquitania. A fines de enero de 814 se pusieron ya en camino los mensajeros que le notificaron la muerte del gran emperador, acaecida el día 28 del citado mes, y le invitaron á que ocupara su puesto al frente del imperio. Inmediatamente salió Luis de Douai, donde residia (2), haciéndose acompañar de alguna gente armada porque temia que ciertas personas, muy influyentes en tiempo de su padre y poco afectas á él, intentaran impedir que se posesionara de la herencia. Pero no sucedió nada de esto: en todas partes los magnates se apresuraron á rendirle solícito homenaje y á protestar de su lealtad y de su adhesion. Pasando por Orleans, Paris y Heristal, cuna de su familia, aproximóse al palacio imperial de Aquisgran, donde su llegada fué vista con cierto temor, porque se sabia cuán distinto del de su padre era su modo de pensar. Pronto se presentó el conde Wala, hijo de Bernardo, el hermano del rey Pepino, que habia gozado últimamente de cierta influencia en tiempo de Carlomagno y que esperaba conservarla cerca de su sucesor manifestando un celo estudiado. La idea que guiaba al conde Wala era hacer en el palacio imperial los necesarios preparativos para recibir á Luis. Las personas antipáticas al emperador fueron alejadas, otras fueron debidamente custodiadas, siendo especialmente expulsadas aquellas que se habian establecido cerca del anciano Carlos y que como testigos de la moral elástica de la antigua corte y de las galantes aventuras de la hija del emperador, que se habia mantenido soltera, podian ofender la severidad de principios del nuevo

(2) Véase B. Simson: *Anuario del imperio franco durante Ludovico Pio*, dos tomos, Leipzig, 1874-1876.